

La venida de San Ignacio desde París a Azpeitia en la primavera de 1535

por el

P. Victoriano Larrañaga, S. J.

A fines de marzo de 1535, interrumpiendo sus estudios de segundo de teología, volvía a su tierra natal, después de trece años de ausencia, Iñigo de Loyola, montado en un rocín desde la capital de Francia. Además del doble motivo de su salud y de los asuntos pendientes de algunos de sus compañeros como Javier y Laínez, le traía a Guipúzcoa el deseo de reparar los malos ejemplos de su juventud pasada: "Quiso pasar por ella por satisfacer en parte a las ignorancias de la juventud", como escribe en su *Censura a la Vida de San Ignacio por Ribadeneira* el P. Antonio de Araoz (1). Y el P. Polanco: "Ubi etiam multis offendiculo fuerat, aliquid aedificationis, sua scilicet in patria, praebere cupiebat" (2). O como dirá el mismo Santo, respondiendo a las instancias de su hermano don Martín, por llevarle a la casa-torre de Loyola: "El no había venido a pedirle a él la casa de Loyola, ni a andar en palacios, sino a sembrar la palabra de Dios, y dar a entender a las gentes cuán enorme cosa era el pecado mortal". (3).

I.º POR LOS MONTES DE GUIPÚZCOA CAMINO DE AZPEITIA

El primer punto de referencia que nos da de todo este viaje su relato autobiográfico, es Bayona de Francia, emporio aún, aunque restringido, de la vida comercial en tierra vasca. Allí fué reconocido Iñigo, a pesar de sus vestidos de pobreza, llegando la nueva con la rapidez de un rayo a la Casa solar de Loyola.

(1) *Censura a la Vida de San Ignacio por Ribadeneira*, Mon. Ign. ser. IV, tom. I, pág. 730.

(2) *Vita Ignatii Loiolae*, VII, pág. 51.

(3) *Proceso de Azpeitia*, Mon. Ign. ser., IV, tom. II, pág. 245.

Pero el Santo quería hacer su entrada como un desconocido en Azpeitia, y por eso, dejando el camino real, que "por Irún o Fuenterrabía, y pasando por las villas de Rentería, San Sebastián, Hernani, Tolosa, Villafranca, Segura y Cegama, se internaba en la provincia de Alava", tomó aquel otro camino de monte solitario: "Et arrivando alla provincia, lasciò la strada commune et pigliò quella del monte, che era più solitaria", como subraya el relato oral del Santo (4). O como dirán los testigos del *Proceso de Azpeitia* "Por montes y rodeos" (5).

Casi en sus principios, sin poder precisarse más el punto, y no lejos de la frontera, donde solían abundar los crímenes, tuvo lugar la escena con los dos criados de D. Martín, enviados por éste para localizar a su santo hermano y conducirle a la casa solar de Loyola: "Y llegando a la provincia de Guipúzcoa, dejó el camino común y tomó el del monte, que era más solitario; por el cual caminando un poco, halló a dos hombres armados, que venían a su encuentro (y era aquel camino algo infame de asesinos), los cuales, después que le hubieron pasado un trecho, volvieron atrás, siguiéndole con gran prisa, y tuvo un poco de miedo. Con todo trabó conversación con ellos y entendió que eran criados de su hermano, el cual los había enviado a buscarle. Porque, a lo que parece, de Bayona de Francia, donde el peregrino fué conocido, había tenido noticia de su venida, y así ellos se le adelantaron, y él siguió por el mismo camino" (6).

Imposible reconstruir por falta de datos el itinerario seguido en ese camino del monte por el Santo. Como ensayo de una conjetura aproximada, nos da en carta particular el siguiente itinerario nuestro culto amigo el archivero de la Diputación de Guipúzcoa, D. Fausto Arocena: "A mi juicio pudo ser muy bien el que por Jaizubía, Gainxurisketa, Galtzara-borda, Bordazar, Pelegriñene y Ametzagaña, descende por Concorrenea hasta San Sebastián, y, sin entrar en la plaza amurallada, enlaza con el camino que por El Antiguo, Igara

(4) *Autobiografía*, IX, 87, *Fontes Narrativi de S. Ignatio*, I, Romae (1943) 482; V. LARRAÑAGA, *Obras Completas de San Ignacio*, I, Madrid (1947) 392-393.

(5) PEREZ ARREGUI, *San Ignacio en Azpeitia*, Madrid (1921) 112-113; Pablo de GOROSABEL, *Noticia de las cosas memorables de Guipúzcoa*, I, Tolosa (1900) 154.

(6) *Autobiografía*, IX, 87, págs. 392-394; loc. cit. pág. 482.

y Kalezar (antigua Usúrbil) atraviesa el Oria por las inmediaciones de un vado, célebre en los fastos guipuzcoanos, porque en él se desarrolló una tremenda refriega en nuestras luchas de banderizos. Desde este punto iniciaría la ascensión hacia el espinazo del Andatza, pasando por la ermita de San Esteban, que había de ser cara a su devoción. Y de allí, acercándose a Asteasu y faldeando el Ernio, llegaría a la antiquísima venta de Iturrioz, distante tres horas de Azpeitia”.

Fué en esta venta a dos leguas de Azpeitia, donde le alcanzó la nueva embajada de su hermano Don Martín, presidida esta vez por el prestigioso clérigo de Azpeitia D. Baltasar de Garagarza y de la que nos hablan, como veremos pronto, en el *Proceso de Azpeitia*:

Ese informe es un eco, a la vez que una ilustración la más precisa y detallada de la indicación autobiográfica del Santo: “Y un poco antes de llegar a su tierra, se encontró con los clérigos que salían a su encuentro; y ellos le hicieron grande instancia para llevarle a casa de su hermano; pero no le pudieron mover a ello” (7).

2.º EL SUPUESTO RECIBIMIENTO SOLEMNE DEL CLERO DE AZPEITIA

Exageró ya ciertamente Ribadeneira, al estampar en su primera edición latina de 1572, en Nápoles, que “obviam illi sacerdotes omnes processerunt” (8); así como en la castellana de 1586, en Madrid, que “le salieron a recibir todos los clérigos del pueblo” (9). Pero los motivos ornamentales de la leyenda posterior fueron apareciendo luego en la pluma de Pedro Maffei y de Daniel Bartoli. Según Maffei no sólo es el clero todo de Azpeitia el que sale a recibirle, sino con él toda una gran masa del pueblo, y acompañado de todos ellos se acerca el Santo a la Casa solar de Loyola, para escurrirse luego camino del hospital de la Magdalena (10). Para Bartoli, en cambio,

(7) *Autobiografía*, IX, 87, pág. 394.

(8) *Vita Ignatii Loiolae* 2, Matrili (1586) 56.

(9) *Vida de San Ignacio*, II, 5, pág. 109.

(10) “Deinde etiam, quae iam tum erat fama de sanotitate viri, clericos omnes agmine composito ad oppidum Aspelthiam honoris causa obvius habuit; cumque ab iis et ab ingenti praeterea gratulantium turba deduceretur ad aedes paternas, ille, ut ostenderet quantopere ab eiusmodi fastu pompaque abhorreret, ut primum potuit, ex eo comitatu sese praepruens, ad publicam hospitalalem domum divertit”, *De vita et moribus Divi Ignatii Loiolae*, II, 1, Patavii (1727) 108-109.

el recibimiento de Iñigo en Azpeitia reviste todos los caracteres de una procesión solemne con demostraciones de la más humilde reverencia de parte del clero para el Santo (11).

Y completándose aún más el cuadro, llegó a estamparse en la primera mitad del siglo XVIII que, al acercarse Iñigo a su pueblo, "halló el camino lleno de gente, que había salido a esperarle, los nobles a caballo, los demás a pie, y los clérigos en procesión, y con este recibimiento y honra, bien contra su voluntad, entró en la villa" (12).

Con razón se ha reaccionado modernamente contra esa leyenda de parte de los historiadores de la Compañía como Antonio Astráin (13) y Pedro Tacchi Venturi (14). Resumió bien el estado de la crítica en 1921 el P. Pérez Arregui, aludiendo a la supuesta procesión y recibimiento solemne de sus paisanos: "No hubo nada de esto. La llegada de Ignacio a su pueblo natal fué mucho más humilde y modesta. Rehusó, como hemos ya dicho, no sólo la compañía de los servidores de su hermano, sino también la del clérigo D. Baltasar; y sin más compañía que su rocinejo, pequeño y castaño, se presentó, como cualquier otro desconocido, a pedir albergue en el hospital de la Magdalena" (15).

(11) "Ma pure incappo negli onori, che si credette fuggire. Perocchè, giunto presso alla terra, si vide uscire incontro in processione tutto il clero, con esso un gran numero di parenti, quelli ricevendolo come Santo, con segni d'humilissima riverenza, e questi come del sangue, facendogli mille inviti per condurselo a Lojola" *Della vita e del l'Istituto di S. Ignazio*, II, 23, Firenze (1831) 105.

(12) Francisco GARCIA, *Vida, virtudes y milagros de San Ignacio de Loyola*, Madrid (1722), 200.

(13) *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España*, I 2, Madrid (1912) 84.

(14) *Storia della Compagnia di Gesù in Italia*, II, Roma (1922) 78, nota 2. Aunque con alguna influencia de la página antes citada de Maffei escribe: "Seguitando presso ad Azpeitia, in su l'entrarvi, ecco a riceverlo i sacerdoti del luogo, i quali, fattigli i primi onori l'accompagnarono con festa a Loiola nel castello avito" *ibid.*, pág. 78. Aun Böhmer, generalmente tan bien informado, se ha dejado influir de algunos motivos ornamentales de la leyenda: "Unser Reisender, als er endlich Azpeitia erreicht, schon vor dem Stadtor ganz wider seine Absicht wie ein grosser Herr sich festlich bewillkommet sah. Zwar Don Martin war noch nicht zur Stelle, dafür aber die ganze Klerisei des Städtchens unter Vorantritt des Pfarrers Don Andreas Loyola, eines Oheims der Brüder, der im Auftrage Don Martins den endlich Heimgekehrten sogleich freundlich einlud, im Schlosse seiner Väter abzusteigen", *Studien zur Geschichte der Gesellschaft Jesu*, I, Bonn (1914) 166.

(15) *Ob. cit.*, pág. 119.

3.º REACCIÓN NOVÍSIMA DE LOS EDITORES DE "MONUMENTA"

En vivo contraste con ese desarrollo de los motivos ornamentales, superpuestos al relato autobiográfico del Santo, acaban de pronunciarse los modernos editores de *Monumenta*, al sustituir en su último volumen de *Fontes Narrativi de S. Ignatio de Loyola* la lectura corriente de "li preti" por la de "li predetti", haciendo desaparecer de la escena a los clérigos, relevados en el caso por los dos criados, antes citados, del señor de Loyola: "Et un poco prima che arrivasse alla terra trovò li predetti, che gli andavano incontro, li quali gli fecero grande instantia per menarlo a casa del fratello, ma non lo potero sforzare" (16).

El hecho ha sido tanto más significativo, cuanto que los editores de *Monumenta* se han apartado en ese punto de su primera edición crítica de la Autobiografía, publicada en 1904 en Madrid (17). Por lo demás, la nueva lectura de *li predetti* por *li preti* había sido defendida ocho años antes, en 1935, a base del códice de la Postulación, por el P. Dionisio Fernández Zapico (18).

¿Está justificada esa sustitución en el texto autobiográfico del Santo? Nos permitimos dudarle, a pesar de todo el peso de autoridad que concedemos a los editores de *Monumenta*. Y esto por motivos de crítica textual, reforzados en el caso por los de la tradición unánime de la biografía ignaciana y aun del contexto mismo.

En efecto, se nos hace demasiado débil esa única voz discordante de la copia, por otra parte no oficial, del relato autobiográfico, hecho a fines del siglo XVI para el Proceso de la Beatificación del Santo (19), y a la que sólo hace eco la versión latina de Vieto en 1611 (20). Frente a esa lectura tardía de "predetti", del códice de la Postulación, está la primitiva de "preti", representada por el

(16) *Fontes Narrativi de S. Ignatio*, I, pág. 482.

(17) Recibimiento hecho a San Ignacio de Loyola en Azpeitia en 1535, en *Archivum Historicum Societatis Jesu*, IV (1935), 322-326.

(18) *Scripta de Sancto Ignatio*, I, Matriti (1904) 89.

(19) *Archivum Postulationis generalis causarum Societatis Iesu, Process. Beatif.* VIII, fol. 33 r.; cf. FERNANDEZ ZAPICO, art. cit. pág. 326; *Fontes Narrativi de S. Ignatio*, I, pág. 334; V. LARRAÑAGA, *La Autobiografía de San Ignacio de Loyola*, "Manresa", XIX, marzo 1947, pág. 26.

(20) *Fontes Narrativi de S. Ignatio*, I, pág. 483.

códice español-italiano de la *Collectanea de Nadal*, considerado por su bondad, aunque erróneamente, por algunos como el original de Cámara (21), y que, copiado literalmente en la primera edición crítica de *Monumenta*, sigue todavía copiándose como el texto más puro y auténtico, salvo muy raras excepciones, en la nueva edición de *Fontes Narrativi de Sancto Ignatio* (22). Como frente a la lectura aún más tardía de "praedictos", de la versión latina de Viseto, está la lectura en cinco decenios más antigua de "presbyteros", de la versión latina del P. Aníbal du Coudray, 1559-1561, en sus dos manuscritos del códice del *Instit.* 218 y del códice *Vitae* 69 (23).

Añádase que esta lectura de "preti" es la seguida por todos los biógrafos del Santo, desde Ribadeneira, Maffei y Bartoli, hasta Astráin, Pérez Arregui, Casanovas y Dudon, y repárese en que algunos de ellos, como Ribadeneira y Maffei, dispusieron para sus respectivas vidas de 1572, 1586 y 1587, de copias anteriores a la del códice de la Postulación, de fines del siglo, o a la de la versión latina de Viseto de 1611.

Aparte de que el contexto mismo sugiere una segunda embajada de personas, cuyo consejo pudiera mover al Santo. De haberse tratado de la vuelta de los mismos dos criados, antes citados, de Don Martín, esta idea de regreso o retorno hubiera dejado fácilmente su huella en el texto. Ahora bien, lejos de eso, respecto de esta segunda embajada viene a repetirse la misma expresión antes empleada respecto la primera: "che gli andavano incontro", con la única ligera variante de "andavano" por "venivamo", que era el verbo que ocurría en la primera (24).

Notemos, finalmente, que la supuesta abreviatura de "predetti" en "preti", no tiene base ninguna en los manuscritos hoy existentes; más, que fallan en el caso las leyes que regulan la formación de las abre-

(21) J. PIEN, *Acta Sanctorum Iulii*, VII, Antuerplae (1731) 592; THURSTON *The Testament of Ignatius Loyola*, London (1900) 27, 216.

(22) V. LARRAÑAGA, *art. cit.* pág. 26; *Fontes Narrativi*, I, págs. 323-507.

(23) *Fontes Narrativi*, I, pág. 483. 334-335.

(24) *Autobiografía*, IX, 87, pág. 394.

viaturas en la época, según acaba de observar el P. Ricardo García Villoslada (25).

En hora buena que se reaccione contra el supuesto recibimiento solemne de todo el Clero, del que nada se dice en el relato autobiográfico ni en ninguna de las veinte declaraciones, diecinueve de testigos oculares, del Proceso de Azpeitia. Pero de ahí a suprimir toda intervención del Clero, afirmada por esa misma doble fuente, media un abismo, y creemos que no hay motivos fundados para ello.

4.º LA EMBAJADA DE DON BALTASAR DE GARAGARZA

Porque existe, en efecto, entre los testimonios del *Proceso de Azpeitia*, uno que ilumina singularmente este paso de la Autobiografía ignaciana y es la mejor confirmación histórica de la lectura antes defendida. El testimonio es de Potenciana de Loyola, "de edad de setenta y tres o cuatro años" sobrina del Santo, quien nos habla de la embajada, enviada por su tío Don Martín en la persona del prestigioso clérigo de Azpeitia, Don Baltasar de Garagarza, con el objeto de traer a Iñigo a la casa solar de Loyola.

Se acuerda haber oído decir que un Juan de Eguíbar, abastecedor de las carnicerías de esta villa —había sido hermano de leche de Iñigo en el caserío Eguíbar—, yendo para el paso de Behobia, que es la raya de entre Francia y España, llegó una noche en la venta de Iturrioz, que es en un desierto a dos leguas de esta villa, donde quedó aquella noche, y que en la dicha venta la huéspeda de ella dijo al dicho Juan de Eguíbar cómo estaba en ella un hombre de esta villa, cual jamás habían visto otro; y así el dicho Juan de Eguíbar, deseoso de ver quién era, se fué con la dicha huéspeda, y por un resquicio de la puerta vieron al dicho P. Ignacio que estaba puesto de rodillas rezando; y como el dicho Juan de Eguíbar le reconociera, se volvió para esta villa, y dió noticia de ello a sus hermanos y deudos, los cuales, por recelo que tenían de que les volviera atrás, no fueron, antes enviaron a se certificar de ello a un

(25) "En la abreviación paleográfica de **predetti** o de palabras parecidas, como **praedictus**, lo que se abrevia es la primera sílaba **pre** y de la segunda se escribe por lo menos la letra **d**", *Estudios Eclesiásticos*, XXI (1947) 242.

clérigo llamado D. Baltasar de Garagarza; y habiendo ido el dicho D. Baltasar a la dicha venta, se vió con él, y procuró traerle consigo; el cual no lo quiso hacer, antes dijo que, si no se fuese adelante, se volvería atrás por donde vino, y que el dicho D. Baltasar le respondió que él se iría también en su compañía; y porque el dicho P. Ignacio, como dicho tiene, no quería venir con el dicho D. Baltasar, de industria se quedó atrás, y le dejó venir al dicho Ignacio adelante por unos montes y sierras, siguiendo desde lejos, y que el dicho P. Ignacio por las dichas sierras vino a dar a unas caserías llamadas de Erarrizaga, que son en jurisdicción de Cestona, trayendo consigo un rocín pequeño, castaño, y vino a dar en él de la Magdalena que está cerca de esta villa (26).

En estas líneas halla su mejor ilustración y comentario la indicación autobiográfica del Santo: "Y un poco antes de llegar a su tierra, se encontró con los clérigos que salían a su encuentro; y ellos le hicieron grande instancia para llevarle a casa de su hermano; pero no le pudieron mover a ello" (27). La misma localización de la escena en la venta de Iturrioz, a dos leguas de la villa, corresponde exactamente a la indicación topográfica del relato: "et un poco prima che arrivasse alla terra". No tiene, pues, lugar ese encuentro en la villa de Azpeitia, ni a su entrada en ella, como nos lo han venido repitiendo todas las descripciones más o menos legendarias del hecho, sino algo antes de su llegada a ella, indicación que encaja plenamente en la venta de Iturrioz, a siete u ocho kilómetros de distancia.

El único reparo que pudiera hacerse es el de que en ese testimonio se habla de un clérigo, Don Baltasar de Garagarza, y en la indicación autobiográfica del Santo, de clérigos que salen a su encuentro, en número plural, antes de llegar a su tierra.

Supuso el P. Pérez Arregui que el P. Cámara exageró ya un poco este último dato al decir que se encontró con los clérigos que le salían al camino, "*trovo li preti, che gli andavano incontro*" (28).

Puede ser, pero, aparte de las costumbres tradicionales de aquel valle, constando entonces el clero de la parroquia de Azpeitia de un

(26) **Proceso de Azpeitia, Mon. Ign.** ser., IV, vol. II, pág. 190.

(27) **Autobiografía, IX, 87, pág. 394.**

(28) **Ob. cit. pág. 118.**

Rector —lo era D. Andrés de Loyola, sobrino del Santo— ocho beneficiados y catorce capellanes, deseosos todos de complacer al patrono de la iglesia de San Sebastián de Soreasu, Don Martín García de Oñaz y de Loyola, nada tendría de extraño se hubiera sumado a D. Baltasar de Garagarza, en su camino hacia Iturrioz, alguno o algunos de sus compañeros. Potenciana hace mención del principal que llevaba la comisión de los señores de Loyola. Esta misma pluralidad de compañeros viene sugerida en la respuesta de D. Baltasar a la amenaza del Santo “que, si no se fuese adelante se volvería atrás por donde vino [a París]; y que dicho D. Baltasar le respondió que él se iría también “*en su compañía*”, es decir, la que él había traído, no en la del Santo.

5.º ENTRADA DE IÑIGO EN AZPEITIA

Apoyándose en los datos del *Proceso de Azpeitia*, reconstruye así la pluma ágil de José de Arteche el itinerario seguido en esta última etapa de su viaje por el Santo: “Por la antigua calzada, borrada ya en muchos sitios, por el espeso hayedo, al borde del claro regato de Granadaerreka, inició Loyola el camino de Iturrioz a su pueblo. La entrada bordea sinuoso un barranco adusto hasta llegar a la altura de Komisolatza. Aquí, sin duda, se detuvo. Tenía delante, un poco a la derecha, al Izarraitz ingente; a sus pies, el valle...”

Por el camino abierto a lomo de las vertientes prosiguió hasta la casería de Etumeta. En este lugar desierto dejó la calzada, torció a la derecha, tomando un sendero absurdo aparentemente y penetró en el sombrío barranco de Errarizaga. Siguiendo desde Etumeta por la calzada hubiera llegado pronto a las puertas de su pueblo, por el antiguo puente de Emparan. Pero quería evitar un espectáculo. Anhelaba pasar inadvertido. No debía de conocer muy bien el camino que acababa de elegir, y que aun todavía conserva la tradición de su paso. Porque Ignacio se perdió por el monte, en dirección al pueblo de Aizarna.

Cuando el hijo de la casa-torre de Loyola llamó a la puerta de un caserío pidiendo comida de limosna, los caritativos habitantes le indicaron que se había extraviado y por dónde debía continuar.

Gracias a aquel consejo, Ignacio salió de la cañada al molino de Lasao. Torció a la izquierda resueltamente, remontando el curso del Urola por su orilla derecha, por entre la hoz angosta, profunda, entre el Izarraitz y el Arauntza. Atravesó el río en algún punto asequible y llegó a las puertas del hospital, extramuros de su pueblo. Era un viernes del mes de abril, cerca de las cinco de la tarde, como declaraba años más tarde una sirvienta (29).

Comenzó Iñigo por donar al hospital su rocín o *il piccolo cavallo*, que, comprado por sus compañeros en París, le había conducido hasta Azpeitia. El P. Miguel Ochoa, que en 1552 visitó el hospital de la Magdalena con San Francisco de Borja, cuando huyendo éste del capelo cardenalicio, con que le amenazaba Julio III en Roma, vino a esconderse en las montañas de Guipúzcoa, comunicaba estos interesantes datos en carta de 8 de enero de 1552 a San Ignacio: "Y partimos para Loyola... Y de allí nos fuimos al hospital de la Magdalena, donde Vuestra Paternidad quiso posar cuando vino a esta tierra, y así nos hemos gozado todos en el Señor de posar en la misma casa, y especialmente el Padre Francisco, que quiso comer en la misma mesilla, donde Vuestra Paternidad solía comer, y en la misma cámara donde solía dormir. Hallamos también el mismo quarto que Vuestra Paternidad dejó al hospital agora diez y seis años, y está muy gordo y muy bueno, y sirve hoy en día muy bien a la casa: es privilegiado en Azpeitia, que, aunque éntre en los panes, disimulan con él: "*Respexit Dominus ad Abel et ad munera eius*" (30).

6.º EN EL HOSPITAL DE LA MAGDALENA

Eran dos los hospitales de Azpeitia, situados ambos fuera del recinto murado de la villa: el fundado en 1508 por María Miguélez Arizuriaga y María de Lasso, bajo la advocación de San Martín, para los enfermos en el arrabal de Bustinzuri y del que es continuación la actual Casa de Misericordia; y el más antiguo de la Magdalena, destinado a los pobres y llamado así por la próxima ermita de la Santa, al nordeste de la villa y como a trescientos pasos de la puerta,

(29) San Ignacio de Loyola, Barcelona (1941) 200-201.

(30) *Litterae Quadrimestres*, I, Matriti (1894) 493-494.

denominada asimismo de la Magdalena. Era el más lejano de la casa solar de Loyola, en el extremo opuesto del valle, y su misma denominación bajo el patronato de la pecadora convertida del Evangelio ejercía un poder de atracción irresistible sobre el corazón del penitente peregrino.

Administraban el hospital por aquellos días los virtuosos esposos don Pedro López de Garina y doña Emilia de Goyaz, “que, siendo personas principales que no padescían necesidad alguna —como se lee en los Procesos informativos de Azpeitia— por servicio de Dios se encargaron de la administración del dicho hospital, en el cual en el dicho tiempo había muchos pobres, así naturales de la dicha villa, como de fuera de ella. Y el dicho Ignacio se aposentó en el dicho hospital, sin que fuesen partes para le llevar a la dicha casa y solar de Loyola Martín García de Oñaz y Loyola, su hermano, y otros de sus deudos, y parientes, y personas principales, ni a otra posada alguna, aunque lo pretendieron, paresciéndoles mal que, siendo hijo de sus padres y de la dicha casa de Loyola, posase en el dicho hospital e pidiese limosna, pues era de familia, que la podía dar; y sabe esta testigo que en el dicho hospital posó obra de tres meses, poco más o menos, tratándose en todo tiempo con mucha aspereza, e saliendo a pedir limosna de ordinario de puerta en puerta; y la que recogía, con lo demás que por vía de regalo o en otra manera le enviaban personas devotas, repartía entre los pobres del dicho hospital, con los cuales comían en una mesa, repartiéndoles de su comida, dando en todo grande ejemplo de humildad, pobreza y paciencia como hombre de grande espíritu y santidad” (31).

Por testimonio de Dominica de Ugarte, que en aquella sazón servía de criada a los administradores del hospital, sabemos que comenzó a pedir limosna por las calles desde el día siguiente a su llegada: “Y esta testigo sabe que en el tiempo que así estuvo en la dicha villa, solía pedir limosna de puerta en puerta, y lo comenzó desde el siguiente día que entró en el dicho hospital” (32). Lo mismo afirma el P. Polanco: “Antes otro día después de su llegada salió

(31) **Proceso de Azpeitia. Testimonio de Ursula de Arizmendi, Mon.** Ign. ser. IV, vol. II, pág. 201.

(32) **Proceso de Azpeitia, pág. 184.**

a la tierra (que era Azpeitia en la provincia de Guipúzcoa) salió a pedir limosna de puerta en puerta, cosa que gravísimamente sentían sus deudos, mayormente su hermano, que era una de las valerosas personas de la provincia” (33).

Es la misma Ursula de Arizmendi, antes citada, la que en los procesos informativos de Azpeitia nos dice cómo fué reconocido Iñigo de los paisanos en esta su primera salida: “Y la primera vez que habiendo venido a esta dicha villa de Azpeitia, salió a pedir, fué a casa de Domingo de Beriztáin, vecino que fué de esta villa, en la cual había una mujer vieja, que la llamaban Teresa, la cual le reconoció la primera vez al dicho P. Ignacio” (34).

Debió de ser también en esta su primera postulación cuando, según el testimonio de Catalina de Achótegui, viuda de Juan Pérez de Corta, “Catalina de Eguíbar, hija de la casa de Eguíbar, como el dicho Ignacio llegó a pedir limosna a su puerta, que era en lo bajo de la calle de Emparan de la dicha villa, en entrando por la puerta de la Magdalena, la dicha Catalina parece que le reconoció al dicho Ignacio de Loyola, porque se crió en la casa de Eguíbar, que es cerca de la dicha casa de Loyola; y como reconoció al dicho Ignacio la dicha Catalina, se fué a la dicha casa de Loyola y dijo a Martín García de Loyola, hermano del dicho Ignacio, cómo le había visto a Ignacio en la dicha villa pidiendo limosna de puerta en puerta, y que ella le había dado limosna y le había reconocido; y que el dicho Martín García de Loyola, habiendo ido al dicho hospital de la Magdalena, le halló en él al dicho Ignacio, y que habiendo procurado llevarle para su casa de Loyola, no pudo acabar con él que se fuese a ésta ni a otra posada” (35).

Entonces fué cuando, respondiendo a las instancias de su hermano don Martín, por llevarle a su casa-torre de Loyola, respondió el Santo que “él no había venido a pedirle a él la casa de Loyola, ni a andar en palacios, sino a sembrar la palabra de Dios, y dar a entender a las gentes cuán enorme cosa era el pecado mortal” (36).

(33) **Sumario de las cosas más notables que a la institución y progreso de la Compañía de Jesús tocan**, III, 58, **Fontes Narrativi de S. Ignatio**, I, Romae (1943) 169.

(34) **Proceso de Azpeitia**, pág. 201.

(35) **Proceso de Azpeitia**, págs. 232-233.

(36) **Proceso de Azpeitia**, **Mon. Ign. ser.**, IV, tom. II, pág. 245.

7.º UNA NOCHE EN LA CASA SOLAR DE LOYOLA

Sólo hacia el fin de sus tres meses de estancia en el hospital de la Magdalena se quiebra una vez esa línea, como anota Catalina de Larrañaga, viuda de Juan de Aguinaga, en el *Proceso de Azpeitia*: “Y en el dicho tiempo fué público que, aunque Martín García de Loyola, su hermano y señor de la casa de Loyola, y otros sus deudos principales pretendieron llevarle a la dicha casa de Loyola, como a hijo de la dicha casa y persona de su calidad, no fueron partes para le llevar a la dicha casa ni a otra posada alguna; y que, aunque a fuerza de ruegos importunos le llevaron una noche y durmió en la dicha casa, el día siguiente volvió al dicho hospital, en el cual esta testigo le vió por tiempo de casi tres meses pocos más o menos, que en él estuvo” (37).

Este “a fuerza de ruegos importunos le llevaron una noche y durmió en la dicha casa”, tiene una mayor declaración en labios de Dominica de Ugarte, viuda de Achibita: “Y así bien sabe esta testigo que un día vinieron al dicho hospital de la Magdalena doña Magdalena de Araoz, mujer de Martín García de Loyola y cuñada del Padre Ignacio, y otros muchos deudos y parientes a rogalle que se fuese a la casa de Loyola; a los cuales les respondió que estaba cansado, y que otro día iría. Y la dicha doña Magdalena de Araoz le importunaba e decía que por las ánimas de sus padres se fuese a la dicha casa de Loyola; a lo cual el dicho Padre Ignacio le respondió lo que de primero. Y la dicha doña Magdalena, tercera vez, puestas las rodillas en el suelo, le rogó que por amor de la Pasión de Ntro. Señor Jesu Cristo se fuese a la dicha casa de Loyola. A lo cual el dicho Padre Ignacio le dijo y respondió: ¿Eso me decís? pues por eso iré a Loyola, y aun a Vergara, y todo. Y así fué la dicha noche a la dicha casa de Loyola, y el día siguiente por la mañana muy temprano volvió al dicho hospital, y fué público que, aunque en la dicha casa de Loyola le hicieron cama regalada, no se acostó en ella” (38).

(37) **Mon. Ign. ser. IV, tom. II, págs. 238-239.**(38) **Proceso de Azpeitia, Mon. Ign. ser., IV, tom. II, pág. 188.**

La porfiada insistencia de Doña Magdalena de Araoz hasta con-
 jurarle puesta de rodillas por las almas de sus padres y por la
 Pasión de nuestro adorable Redentor, se aclara por una confidencia
 del Santo al P. Pedro de Tablares bastantes años después en Roma:
 “Contó una vez el P. Ignacio al P. Tablares que cuando vino de París
 a los negocios de sus compañeros, vino a Vizcaya; y estando en casa
 de sus parientes—tuvo que ser esta única noche pasada entonces en
 Loyola—supo que uno de ellos estaba amancebado, y que cada noche
 entraba la mujer por un lugar secreto. El la aguardó una noche,
 y topó con ella y la dijo: ¿Qué queréis vos aquí? Ella respondió
 lo que pasaba. El la llevó y metió en su aposento, y la guardó allí,
 para que no fuese a pecar, hasta la mañana que la echó, que hasta
 entonces no había por dónde. Cuando dijo: La metí en mi aposento,
 dijo el P. Tablares: Eso no hiciera yo. Y el Padre le respondió:
 Yo sí, que sabía que lo podía hacer. Y cayendo en lo que había
 dicho, de repente volvió y dijo: Dios os perdone, que me habéis
 hecho decir lo que no quisiera. Esto se lo contó el P. Tablares al
 P. Gil González, y él al P. Cristóbal de Castro” (39). A este mis-
 mo hecho aludió el P. Polanco al escribir con frase más velada que
 en la casa de Loyola, “cum tandem exoratus divertisset, concubinam
 etiam cuidam in ea primario viro ademit, et ad vitam honeste du-
 cendam mulierem adiuvit” (40).

En conformidad con estos datos nos encontramos en el testa-
 mento, extendido tres años después por don Martín, con que, ade-
 más de sus cuatro hijos: Beltrán de Oñaz, Juan Pérez, Martín
 García y Millán (o Emiliano), y de sus cuatro hijas: Magdalena,
 María Bélaz, Catalina y Usoa (o Paloma), tenía otros dos hijos
 naturales, fruto del pecado: “Item declaro que yo tengo y dejo dos
 hijos naturales, que son Pedro García e Marina Sáez de Loyola,
 e non tengo otros hijos e hijas, que sean fuera de los legítimos” (41).

A esta luz recibe todo su sentido aquella expresión de contrición
 y dolor con que se abre su testamento: “Primeramente... mando y
 encomiendo mi ánima a quien la crió e redimió de las penas del

(39) *Scripta de S. Ignatio, I. Mon. Ign.*, ser. IV, vol. I, págs. 566-567.

(40) *Vita Ignatii Loiolae*, VII, pág. 53.

(41) POLANCO, *Chronicon Societatis Iesu*, I, pág. 501.

infierno, a quien muy eminentemente suplico que, habiendo piedad de mí y haciendo misericordia, haciendo respeto a su misericordia y sacratísima Pasión, y no a mis pecados, faltas y deméritos, e a quien conozco con diestra mano, e porque según mis enormes pecados tengo mucha necesidad de quien por mí suplique y asista ante la Divina Majestad para que sean perdonados, suplico muy humildemente a la Reina de los Angeles, Madre de Dios, y al Señor San Miguel Arcángel, me alcancen la remisión de mis pecados y la participación de la eterna gloria" (42).

No era extraño a ese acento de contrición y de dolor en el alma de don Martín su santo hermano Iñigo: a su paso por Loyola, el 23 de julio de 1535, se había cerrado ese capítulo triste de su vida. Podía ya partir tranquilo a Pamplona, Almazán y Toledo, y aun condescendiendo con los deseos de don Martín, montar a caballo para dirigirse acompañado de los suyos hasta los límites de la provincia. Y "aunque muchas personas principales desta villa [de Azpeitia] le rogaban que, pues en esta dicha villa con la doctrina hacía tanto fruto, *se quedase en ella*, respondió que en esta villa estaba en el mundo, y que no podía servir a Dios como debía y como lo podía hacer estando fuera de ella" (43).

3.º SU DESPEDIDA DEL VALLE DEL UROLA

Al alejarse Iñigo de su pueblo y de su casa solar de Loyola camino de Azcoitia, Zumárraga, Alsasua y Pamplona, le acompañaba un halo de santidad y de gloria. Esa veneración de parte de los buenos guipuzcoanos es la que se refleja en el testimonio jurado del alcalde de Azcoitia, don Domingo de Yriarte Amundarain, y del síndico de la villa, don Francisco de Egaña, y de don Pedro de Alzolaras, y de don Martín Pérez de Aizpuru, y del Vicario de la iglesia de la Asunción, don Tomás de Argarain, después de recordar las virtudes heroicas del Santo, "recibidas por tradición públicas y notorias en esta villa y su comarca, divulgadas con esta misma certidumbre de mano en mano de padres a hijos", como ellos dicen:

(42) *Ibid.* págs. 449-500.

(43) *Mon. Ign.* ser. IV, vol. II, pág. 188.

“De cada día ha ido en aumento la estima y veneración de su santidad y virtudes, y el deseo de verle honrado y puesto por la Santa Iglesia y su Vicario en el número de los Santos, como persona que su rara mudanza, santidad y vida le santifica y canoniza de suyo. Y ha estimado esta villa en el grado que puede esta misericordia, que Dios le hace, por la parte que le cabe de ser natural de esta villa por parte de su madre, y tan vecino por la parte paterna, y que de ellas haya nacido y salido un varón tan santo, y que por su medio se haya extendido su religión en todos estos reinos, y aun en otros muy apartados de él, que tanto fruto ha hecho y hace en la Iglesia de Dios, y espera que cada día se hará más” (44).

Al volver por última vez su vista al valle del Urola, podría decir a sus paisanos lo que les había de escribir cinco años después desde Roma: “Su Divina Majestad sabe bien cuándo y cuántas veces me ha puesto en voluntad intensa y deseos muy crecidos, si en alguna cosa, aunque mínima, pudiese hacer todo placer y todo servicio espiritual en la su divina bondad a todos y a todas naturales de esa misma tierra, de donde Dios N. S. me dió, por la su acostumbrada misericordia, mi primer principio y ser natural. sin yo jamás lo merecer ni poderle gratificar. Y estos tales deseos, más merecidos de nuestro Señor y Criador universal que por criatura alguna, me llevaron desde París en esa villa ahora habrá cinco años pasados, no con mucha salud corporal; donde quien allá me llevo, por la su acostumbrada y divina misericordia me dió algunas fuerzas para trabajar en alguna cosa, como visteis. Lo que dejé de hacer, se debe atribuir a mis faltas, que siempre me acompañan”.

Y detallando algunos de sus trabajos apostólicos de aquellos tres meses, continuaba el Santo: “Mucho tengo en memoria el tiempo que allá estuve, en qué propósito y determinación quedó el pueblo, después de haber constituido laudables y santas constituciones, es a saber: de hacer tocar las campanas por los que en pecado mortal se hallasen; que no hubiese pobres mendicantes, mas que todos fuesen subvenidos; que no hubiese juegos de cartas, ni vendedores ni compradores de ellas; y que de poner tocados las mu-

jeros, sobre mal fundamento y ofensa a Dios nuestro Señor, que fuese extirpado tal abuso. La custodia y observación de las tales y tan santas constituciones se me acuerda haberse principiado y continuado todo el tiempo que allá estuve, y no con poca gracia y visitación divina, que tales santas cosas os hacía obrar. Después acá no soy cierto de vuestra constancia o flaqueza en perseverar en cosas tan justas y tan apacibles a la infinita y suma Bondad. Ahora quier hayáis perseverado para aumentar, quier hayáis faltado para tornar a lo primero, para más aumentar os pido, requiero y suplico por amor y reverencia de Dios nuestro Señor, con muchas fuerzas y con mucho afecto os empleéis en mucho honrar, y favorecer, y servir a su Unigénito Hijo, Cristo nuestro Señor, en esta obra tan grande del Santísimo Sacramento, donde su Divina Majestad, según Divinidad y según Humanidad, está tan grande, y tan entero, y tan poderoso, y tan infinito como está en el cielo, poniendo algunas constituciones en la cofradía que se hiciere, para que cada cofrade sea tenido de confesar y comunicarse una vez cada mes, tamen voluntariamente, y no obligándose a pecado alguno si no lo hiciere... Y quien más adelante querrá pasar, sin alguna duda irá conforme a nuestro Criador y Señor” (45).

“Pero en saliendo de Guipúzcoa—debió de ser en el límite de Alsasua—luego hurtó el cuerpo a los que le acompañaban, y dejó el caballo, y a pie, y solo, y sin dineros, pidiendo limosna, se fué a Pamplona”, como escribe Ribadeneira (46). En sentido inverso hacía el mismo camino en 1521, cuando le llevaron mal herido a su casa-torre de Loyola. ¡Cuánto camino recorrido desde entonces! Como apuntan varios de los testigos del *Proceso de Azpeitia*, acababa de pasar tres meses largos en su villa natal, desde un viernes, 16 ó 23 de abril, hasta fines de julio, sin poder precisarse más esta fecha (47).

(45) *Ibid.*, págs. 161-164.

(46) *Vida de San Ignacio*, II, 5, pág. 111.

(47) *Mon. Ign.* ser. IV, vol. II, págs. 183, 201, 213, 239, 259.